

Esta es una pequeña muestra
del libro *Servir a un movimiento*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Reconocimientos a *Iglesia centrada*

En una cultura que cambia a gran velocidad y que parece extraña a muchos cristianos (¡así como los cristianos les parecen extraños a muchos en la cultura!), es fácil para los creyentes darse por vencidos y adoptar una postura totalmente a la defensiva. En este importante libro, Tim Keller explica el evangelio y con cuidado, pero con firmeza, nos recuerda que no es negociable. Al mismo tiempo nos permite reflexionar sobre cómo podemos interactuar responsablemente con la cultura, cómo podemos —de hecho, debemos— apreciar las cosas buenas que hay en ella, y de qué manera podemos firme y fielmente aplicar el evangelio. Sin embargo, no se trata de un libro práctico y mecánico; más bien es una meditación reflexiva sobre temas importantísimos de la Escritura, escrito por alguien que ha ejercido fielmente por espacio de dos décadas un ministerio pastoral en una ciudad grande.

D. A. Carson, autor de *El Dios que está presente*

Nadie ha escuchado más íntimamente las armonías de la ciudad, la cultura, la iglesia y la Escritura que Tim Keller. En *Iglesia centrada*, no solo describe los diferentes acordes de la música, sino que nos cuenta cómo ha orquestado los resultados en beneficio del ministerio de alcance evangelístico y la renovación. Nos toca ahora a nosotros escuchar, a medida que Tim de forma práctica, pero poderosa, nos prepara para que participemos en esta gran sinfonía del evangelio.

Bryan Chapell, autor de *La predicación Cristocéntrica
y Gracia sin límites*

Este libro extraordinario, al igual que el ministerio de Manhattan del cual emana, demuestra cómo el discernimiento teológico reformado y la sabia inteligencia pastoral pueden combinarse para lograr resultados espirituales en contextos urbanos en todas partes. Cada página ilustra. Keller es un enorme regalo para la iglesia de hoy.

J. I. Packer, autor de *Conocer a Dios*

Los líderes eclesiásticos abandonan su llamamiento singular si solo piensan de manera teológica, dejando de ver el mundo a la luz del evangelio y de ayudar para que sus iglesias vivan en el mundo con la sabiduría del evangelio. Nadie presenta este caso más claramente hoy que Tim Keller, que se resiste al patrón demasiado fácil de vender un solo modelo de lo que significa ser la iglesia que encaja en cualquier situación. En su lugar, le da vida a un sinnúmero de formas en que las iglesias son llamadas a ser fieles y fructíferas en sus contextos culturales propios y singulares. Lee este libro si quieres saber cómo formular las preguntas verdaderamente importantes (y difíciles) con las que el evangelio confronta nuestra identidad eclesial.

Richard Lints, distinguido profesor de teología Andrew Mutch, Seminario Teológico Gordon-Conwell

Las ciudades son retadoras y complejas, aunque también importantes y estratégicas. Y los que son llamados a ministrar en las ciudades necesitan estímulo y recursos que alimenten la esperanza y la eficiencia. Por esta razón me alegra que Tim Keller haya escrito este libro. Su pasión por el evangelio, un corazón que late por la ciudad, así como la visión de un movimiento del Espíritu Santo que transformará vidas y será portador de esperanza y paz para nuestras ciudades, lo han llevado a hablarnos de sus experiencias y pensamientos. Es más, la iglesia a la que él sirve habla de la integridad de su corazón y de la posibilidad de que esta visión se realice. Prepárate. Este libro hará que tus ideas se agudicen y tu corazón se conmueva.

Dr. Crawford W. Loritts, hijo, pastor principal, Fellowship Bible Church, Roswell, Georgia

La mayoría de nosotros observa y ve lo que es obvio. Tim observa y ve lo que otros no ven, en especial cuando se trata de la verdad de la Palabra de Dios y la cultura de nuestros días. Una vez más nos ha dado una comprensión bien profunda, en esta ocasión en lo que se refiere a la iglesia y cómo esta puede experimentar su potencial más saludable. ¡Sería insensato saber de este libro y no leerlo!

Randy Pope, pastor, Perimeter Church, Atlanta, Georgia

Iglesia centrada es un recurso sumamente útil para la próxima generación de líderes eclesiásticos. Es profundamente teológico, invita a la reflexión y la revitalización, y hasta cierto punto incomodará a quien lo lea. ¡Repito, Tim Keller ha dado en el blanco!

Alistair Begg, pastor y autor de *Verdad para vivir*

En *Iglesia centrada*, uno de los grandes estadistas misioneros de nuestros tiempos expone una visión de la iglesia lo suficientemente vigorosa como para transformar ciudades enteras por medio del evangelio. Tim es un maestro dotado, un líder destacado y un discípulo ejemplar de Jesús. ¡Digno de leerse!

Alan Hirsch, fundador de Forge Missional Training Network

Vivimos en una época de líderes eclesiásticos extraordinarios y notables pensadores cristianos, pero no estoy seguro de que haya un líder de iglesia más dedicado en nuestros días que Tim Keller. *Iglesia centrada* es un llamamiento al ministerio eclesiástico forjado por una profunda reflexión teológica y una exégesis cultural sensible, ejecutado por líderes valerosos, para que la ciudad pueda otra vez florecer bajo el evangelio.

John Ortberg, pastor principal, Menlo Park Presbyterian Church, Menlo Park, California

Tim Keller nos ha dado un libro que debe leerse sobre el ministerio moldeado según el evangelio. Teológicamente sólido y en extremo práctico, constituye una investigación a fondo de las implicaciones del evangelio para la vida y el ministerio de la iglesia. La brecha entre la teología bíblica y práctica se franquea de forma magistral. Al trabajar con Tim y Redeemer City to City, me he beneficiado del contenido de este libro y puedo testificar sobre la profunda influencia que ha ejercido en ministerios e iglesias de todo el mundo. No se trata solo de un currículo; es exactamente la clase de teología del evangelio generador de vida que nuestras iglesias necesitan. Este libro no debe faltar en la biblioteca de todo cristiano reflexivo.

Stephen T. Um, pastor principal, Citylife Presbyterian Church, Boston, Massachusetts

La iglesia de Keller en Nueva York sirve como uno de los mejores modelos del mundo para el ministerio centrado en el evangelio que de manera sabia, bíblica y fructífera se conecta con su comunidad. Esto se debe principalmente a la sólida comprensión del evangelio del Dr. Keller y a su talento excepcional para interpretar la cultura. Su último libro será de gran ayuda para todo el que ejerza un ministerio en cualquier lugar. *Iglesia centrada* no es un manual para reproducir el ministerio de Keller, sino algo mucho más importante: la visión teológica de cómo el evangelio de Jesucristo se relaciona con la cultura, el ministerio y la vida cristiana.

Philip Ryken, rector, Wheaton College

No exagero cuando digo que *Iglesia centrada* es mi libro favorito de los escritos por Tim Keller hasta ahora. Tal vez este libro sencillamente representa la destilación de la sabiduría de Tim: la síntesis de años de sazonarse en el evangelio, exponer el texto de la Escritura y captar el alma de nuestra cultura; su deseo de dialogar sin diatriba; su compromiso constante a reflexionar en las implicaciones radicales de la gracia de Dios; su inmenso amor por la novia de Jesucristo, el reino de Dios y la historia de la redención. Todo aquí es refrescante. ¡Qué lectura tan impresionante y práctica! Aguardo impaciente el momento de usar este libro con líderes e iglesias emergentes dispuestos a soñar.

Scotty Smith, pastor fundador, Christ Community Church, Franklin, Tennessee

SERVIR A UN
{ MOVIMIENTO }

Serie Iglesia centrada

Moldeados por el evangelio

(contribuciones adicionales de
Michael Horton y Dane Ortlund)

Amar la ciudad

(contribuciones adicionales de
Daniel Strange, Gabriel Salguero
y Andy Crouch)

Servir a un movimiento

(contribuciones adicionales de
Tim Chester, Daniel Montgomery,
Mike Cosper y Alan Hirsch)

SERVIR A UN { MOVIMIENTO }

CÓMO EJERCER UN MINISTERIO BALANCEADO
Y CENTRADO EN EL EVANGELIO EN TU CIUDAD

Una nueva edición de la
tercera parte de *Iglesia centrada*

TIMOTHY KELLER

CONTRIBUCIONES ADICIONALES DE
TIM CHESTER, DANIEL MONTGOMERY,
MIKE COSPER Y ALAN HIRSCH



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#IglesiaCentrada

Servir a un movimiento

Timothy Keller

© 2021 por Poiema Publicaciones,
Redeemer City to City y Timothy J. Keller

Traducido con el debido permiso del libro *Serving a Movement* © 2016 por Redeemer City to City, Timothy Keller y Zondervan. Zondevan 3900, Sparks Dr. SE, Grand Rapids, Michigan 49546.

El contenido anteriormente publicado en *Iglesia centrada* fue traducido por Grupo Nelson. Tanto la adaptación como la revisión de ese contenido, junto con la traducción del nuevo contenido de este título, fueron realizados por Poiema Publicaciones.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblia, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-04-1

SDG

TABLA DE CONTENIDO

Introducción a la serie 11

Nota de Timothy Keller. 23

Parte I: Comunidad misional **27**

1. La búsqueda de la iglesia misional 29

2. Cómo centrar a la iglesia misional 47

3. Cómo equipar a la gente para una vida misional 67

Comentarios sobre la comunidad misional 95

Respuesta a Tim Chester 113

Parte II: Ministerio integrador **119**

4. El equilibrio de los frentes del ministerio 121

5. Cómo conectar a las personas con Dios 131

6. Cómo conectar a las personas unas con otras 155

7. Cómo conectar a las personas con la ciudad 173

8. Cómo conectar a las personas con la cultura 185

Comentarios sobre el ministerio integrador. 197

Respuesta a Daniel Montgomery y Mike Cospser. 215

Parte III: Dinámicas del movimiento **221**

9. Movimientos e instituciones 223

10. La iglesia como organismo organizado 235

11. Establecer iglesias como dinámica del movimiento.	251
12. La ciudad y el ecosistema del evangelio.	273
Comentarios sobre las dinámicas del movimiento	287
Respuesta a Alan Hirsch	305
<i>Notas de texto</i>	311
<i>Abreviaturas</i>	331
<i>Acerca de los colaboradores</i>	332

INTRODUCCIÓN A LA SERIE

Hay dos clases de libros que generalmente se escriben para pastores y líderes eclesiásticos. En uno de ellos se exponen principios bíblicos generales para todas las iglesias; comienzan con exégesis y teología bíblica y enumeran las características y funciones de una verdadera iglesia. La característica más importante es que cualquier ministerio sea fiel a la Palabra y tenga una doctrina sólida, aunque estos libros también exigen, acertadamente, estándares bíblicos de evangelización, liderazgo en la iglesia, comunidad y membresía, adoración y culto.

Al otro lado del espectro encontramos otra categoría de libros en los que no se dedica mucho tiempo a definir fundamentos bíblicos teológicos, aunque prácticamente en todos ellos se citan pasajes bíblicos. Son más bien libros prácticos “de procedimientos” que describen actitudes específicas, programas y maneras de conducir la iglesia. Esta categoría de libros apareció en escena durante el movimiento de crecimiento de la iglesia en los años setenta y ochenta, con las obras de autores como C. Peter Wagner y Robert Schuller. Una segunda generación de libros del mismo estilo apareció con las historias personales de iglesias de éxito publicados por los pastores principales que destilaban principios prácticos para que otros los utilizaran. Una tercera generación de libros eclesiásticos prácticos comenzó hace más de diez años. Son volúmenes que directamente critican los libros “de procedimientos” sobre el crecimiento de la iglesia. Sin embargo, en su mayoría hablan de estudios de casos particulares y describen qué aspectos debe tener una buena iglesia sobre el terreno, con consejos prácticos sobre cómo organizar y conducir el ministerio.

De estos volúmenes casi siempre me he beneficiado, ya que de la lectura de cada libro saco por lo menos una buena idea que puedo poner en práctica. Pero en términos generales, descubrí que estos libros ayudaban menos de lo que esperaba. Implícita o explícitamente

presentaban, casi como absolutas, técnicas y modelos que habían funcionado en un lugar y momento específicos. Estaba casi seguro de que muchos de estos métodos no funcionarían en Nueva York ni podrían aplicarse de manera universal como lo hacían ver los autores. En particular, para líderes eclesiásticos fuera de los Estados Unidos, estos libros resultaban molestos porque los autores presuponían que lo que servía en una comunidad de cualquier ciudad de los Estados Unidos, debía dar resultados en casi todas partes.

A medida que la gente me apremiaba para que hablara y escribiera acerca de nuestra experiencia en Redeemer, me di cuenta de que la mayoría quería que escribiera mi propia versión de la segunda clase de libro. Los pastores no querían que recapitulara la doctrina bíblica ni los principios de la vida de la iglesia que habían aprendido en el seminario. Más bien, buscaban un libro de “secretos para tener éxito”. Querían instrucciones específicas sobre programas y técnicas que atrajeran a la gente urbana. Uno de los pastores dijo: “Ensayé el modelo de Willow Creek. Ahora estoy listo para probar el modelo de Redeemer”. La gente se nos acercaba porque sabía que estábamos floreciendo en una de las ciudades con menos iglesias y de las más seculares de los Estados Unidos. Pero cuando los visitantes comenzaron a llegar a Redeemer a principios y mediados de los años noventa, se desilusionaron porque no podían distinguir un nuevo “modelo”—por lo menos no en la forma de programas nuevos y singulares—. Esto se debe a que el “secreto” verdadero de los resultados de Redeemer no estaba en sus programas de ministerio, sino en algo que operaba de una manera más profunda.

Hardware, middleware y software

¿Cuál era exactamente este nivel más profundo? A medida que el tiempo transcurría comencé a darme cuenta que había un espacio intermedio entre las dos dimensiones más evidentes del ministerio. Todos tenemos una *base doctrinal*, es decir, un conjunto de creencias teológicas, y todos llevamos a cabo el ministerio de una *forma particular*. Pero muchos ministros adoptan programas y prácticas de ministerio que no encajan bien con sus creencias doctrinales ni con sus

contextos culturales. Adoptan métodos populares que esencialmente se “adquieren” fuera, y que son ajenos a la teología o al ambiente de la iglesia (¡a veces a ambos!). Y cuando esto ocurre, notamos la falta de productividad. Estos ministros no cambian las vidas de las personas dentro de la iglesia, ni alcanzan a la gente de su ciudad. ¿Por qué no? Porque ciertamente los programas no nacen de reflexionar en el evangelio y en la particularidad de la cultura que los rodea.

Si consideras que tu base doctrinal es el “hardware”; y los programas de ministerio, el “software”, es importante que entiendas que existe algo llamado “middleware”. No soy experto en computadoras (por no decir que no sé casi nada), pero tengo amigos muy conocedores y versados en este campo, quienes me dicen que el middleware es una capa de software que se encuentra entre el hardware y el propio sistema operativo junto con las diversas aplicaciones de software que los usuarios utilizan. De igual manera, entre las creencias doctrinales y las prácticas ministeriales propias, debe haber una visión bien concebida de cómo hacer que el evangelio ejerza su influencia en un ambiente cultural y momento histórico particulares. Se trata de algo más práctico que meras creencias doctrinales, pero mucho más teológico que “cómo dar el paso” para realizar un ministerio específico. Cuando ya se tiene la visión, con sus énfasis y valores, dicha visión guía a los líderes de la iglesia a tomar buenas decisiones sobre cómo adorar, disciplinar, evangelizar, servir e interconectar la cultura con sus campos de ministerio, ya sea en la ciudad, en el suburbio o en un pueblo pequeño.

La visión teológica

Este “middleware” se parece a lo que Richard Lints, profesor de teología del Seminario Teológico Gordon-Conwell, llama una “visión teológica”.¹ De acuerdo con Lints, nuestra base doctrinal sacada de las Escrituras es el punto de partida para todo:

La teología debe ser en primer lugar como una conversación con Dios [...] Dios habla y nosotros escuchamos [...] El armazón de la teología cristiana se sostiene primeramente por el escuchar; escuchar a Dios. Uno de los peligros más

grandes que enfrentamos en el quehacer teológico es nuestro deseo de hablar todo el tiempo [...] A menudo cedemos a esta tentación cuando colocamos límites conceptuales extraños a lo que Dios puede hacer y ha dicho en la Palabra [...] Metemos a la fuerza el mensaje de redención en un paquete cultural que desvirtúa sus intenciones reales. O intentamos ver el evangelio únicamente desde la perspectiva de una tradición que tiene poca conexión viviente con la obra redentora de Cristo en la cruz. O colocamos restricciones racionales al mismísimo concepto de Dios, en vez de permitir que Dios defina los conceptos de la racionalidad.²

Sin embargo, la base doctrinal no es suficiente. Antes de que selecciones métodos específicos de ministerio, debes primero preguntarte cómo tus creencias doctrinales “podrían relacionarse con el mundo moderno”. El resultado de esta pregunta “genera una visión teológica”.³ En otras palabras, una visión teológica es una visión sobre lo que vas a *hacer* con tu doctrina en un momento y lugar específicos. ¿Y cómo se desarrolla una visión teológica? Lints demuestra que surge, por supuesto, de una profunda reflexión en la Biblia misma, aunque también depende mucho de lo que pienses de la cultura que te rodea. Lints brinda esta importante observación:

Una visión teológica permite [a la gente] entender su cultura de una manera diferente a como lo hacía antes [...] Los que son facultados por la visión teológica no solamente se oponen a los impulsos de la tendencia prevaleciente de la cultura, sino que toman la iniciativa de entender esa cultura y hablarle desde el marco de las Escrituras [...] La visión teológica moderna debe tratar de llevar todo el consejo de Dios al mundo de su tiempo, a fin de que ese tiempo sea transformado.⁴

Con esto en mente, propongo una serie de preguntas que nos pueden guiar en el desarrollo de una visión teológica. La visión teológica brotará cuando respondamos a estas preguntas:

- ¿Qué es el evangelio y cómo hacemos para que afecte el corazón de la gente de hoy?
- ¿Cómo es esta cultura, y de qué manera podemos conectarnos con ella y retarla en nuestra comunicación?
- ¿Dónde estamos localizados —en la ciudad, el suburbio, el pueblo, la zona rural— y cómo afecta esto a nuestro ministerio?
- ¿Hasta qué punto y cómo deben los creyentes participar en la vida cívica y en la producción cultural?
- ¿Cómo deben los diversos ministerios de una iglesia —palabra y acción, comunidad e instrucción— relacionarse entre sí?
- ¿Cuán innovadora y cuán tradicional debe ser nuestra iglesia?
- ¿Cómo se relacionará nuestra iglesia con las otras iglesias de nuestra ciudad y región?
- ¿Cómo le presentaremos a la cultura la verdad del cristianismo?

La visión teológica, que surge de nuestra base doctrinal, y que incluye implícita o explícitamente apreciaciones sobre la cultura, es la causa más inmediata de nuestras decisiones y selecciones en lo que concierne a la expresión ministerial. Es una revisión fiel del evangelio con valiosas implicaciones para la vida, el ministerio y la misión, en un tipo de cultura, en un momento dado en la historia. Tal vez podemos representarlo así (ver diagrama de la siguiente página):

Iglesia centrada

Este contenido se publicó originalmente en el año 2012, como una de tres partes de una obra más extensa llamada *Iglesia centrada*. En ese libro, presenté la visión teológica que ha guiado nuestro ministerio en Redeemer. Pero ¿qué quisimos decir con el término *iglesia centrada*? Escogimos este término por varias razones.

1. El evangelio está en el centro. Una cosa es ejercer un ministerio que cree en el evangelio y que aun lo proclama, y otra cosa es ejercer un ministerio centrado en el evangelio.

2. El centro es el punto de equilibrio. Necesitamos un equilibrio como el de las Escrituras: de ministerios de palabras y de hechos; de confrontar y de afirmar la cultura humana; de interacción

cultural y de distinción contracultural; de compromiso con la verdad y de generosidad hacia aquellos que no comparten las mismas creencias; de tradición y de innovación en la práctica.

3. Nuestra visión teológica debe estar moldeada por y para los centros urbanos y culturales. El ministerio en el centro de ciudades globales es la prioridad más grande de la iglesia del siglo XXI. Si bien esta visión teológica se puede aplicar ampliamente, la experiencia urbana le da un sabor indiscutible.

4. La visión teológica está en el centro del ministerio. Una visión teológica crea un puente entre la doctrina y la expresión. Es central a la manera en que se ejerce el ministerio. Dos iglesias pueden tener diferentes marcos doctrinales y expresiones ministeriales, pero la misma visión teológica, y se sentirán como ministerios hermanos. Por otra parte, dos iglesias pueden tener marcos doctrinales afines aunque visiones teológicas diferentes, y sentirán que son distintas.

La visión teológica de la iglesia centrada puede enunciarse de manera simple mediante tres compromisos básicos: el evangelio, la ciudad y el movimiento.⁵ Cada libro de la serie *Iglesia centrada* cubre uno de estos tres compromisos.

El evangelio. La Biblia y la historia de la iglesia nos demuestran que es posible tener todas las doctrinas bíblicas individuales correctas, y no obstante, perder la eficacia del evangelio. Por consiguiente, es crucial que en cada nueva generación y lugar se encuentren modos de *comunicar el evangelio clara y poderosamente*, distinguiéndolo de lo opuesto y las falsificaciones.

La ciudad. Todas las iglesias deben comprender, amar e identificarse con sus comunidades locales y ambientes sociales, y al mismo tiempo ser capaces de criticarlos, confrontarlos y estar dispuestas a hacerlo. Toda iglesia, ya sea que se encuentre ubicada en una ciudad, en un suburbio o en una zona rural (y hay considerables permutaciones y combinaciones de estos escenarios), debe aprender y hablar de las características de la vida humana en esos lugares. Pero también debemos pensar en cómo el cristianismo y la iglesia se interconectan e interaccionan con la cultura en general. Esto se ha convertido en una cuestión aguda en la medida que la cultura occidental se ha vuelto cada vez más poscristiana.

El movimiento. La última área de la visión teológica tiene que ver con las *relaciones* de la iglesia: con la comunidad, con su pasado reciente y profundo, y con otras iglesias y ministerios. Hay iglesias que son altamente institucionales, con un énfasis bien marcado en su propio pasado, mientras que otras son antiinstitucionales, fluidas y caracterizadas por la innovación y el cambio constantes. Algunas iglesias se consideran leales a una tradición eclesiástica en particular, y por eso llevan en el corazón la liturgia y las prácticas ministeriales históricas y tradicionales. Las que sienten una fuerte identificación con una denominación en particular o una tradición más nueva, a menudo se resisten al cambio. Al otro lado del espectro hay iglesias con poco sentido de un pasado teológico y eclesiástico que tienden a relacionarse fácilmente con una amplia variedad de iglesias y ministerios. Todas estas diferentes perspectivas ejercen un enorme impacto sobre cómo en verdad llevamos a cabo el ministerio.

¿QUÉ HACER?

Cómo se proclama el evangelio en una iglesia en particular, en una comunidad, en un momento dado.

- *Adaptación a la cultura local*
- *Estilo de adoración y programación*
- *Procesos de discipulado y alcance evangelístico*
- *Gobierno y dirección de la iglesia*

EXPRESIÓN
MINISTERIAL

¿CÓMO VERLA?

Una revisión fiel del evangelio con valiosas implicaciones para la vida, el ministerio y la misión en un tipo de cultura, en un momento dado en la historia.

- *Visión y valores*
- *El ADN del ministerio*
- *Énfasis, posición, filosofía del ministerio*

VISIÓN
TEOLÓGICA

¿QUÉ CREER?

Las verdades eternas de la Biblia acerca de Dios, nuestra relación con Él y los propósitos que Él tiene para el mundo.

- *Tradicón teológica*
- *Afiliación a una denominación*
- *Teología sistemática y bíblica*

BASE
DOCTRINAL

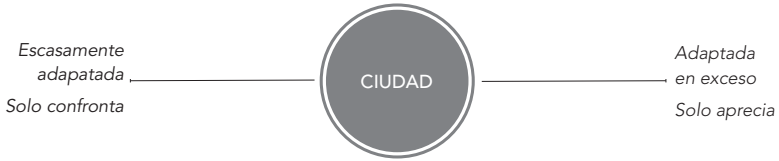
El equilibrio de los tres ejes

Una de las maneras más sencillas de comunicar lo necesarios que son la sabiduría y el equilibrio al formular los principios de la visión teológica es pensar en tres ejes.



1. El eje del evangelio. En un extremo del eje está el legalismo, la enseñanza que afirma o el espíritu que implica que podemos salvarnos a nosotros mismos por la manera en que vivimos. Al otro extremo está el antinomismo, o en la jerga popular, el relativismo: el enfoque de que no importa cómo vivimos; que Dios, si es que existe, ama a todo el mundo. Pero el evangelio no es ni legalista ni relativista. Solo somos salvos por fe y por gracia, pero no por una fe que permanece aislada. La gracia verdadera siempre da como resultado vidas transformadas de santidad y justicia. Por supuesto, es posible perder el evangelio debido a la heterodoxia.

Es decir, si ya no creemos en la deidad de Cristo o en la doctrina de la justificación, necesariamente nos deslizaremos hacia el legalismo o hacia el relativismo. Pero también es posible mantener una sana doctrina y sin embargo estar marcados por la ortodoxia muerta (aire de superioridad moral), la ortodoxia desequilibrada (énfasis excesivo en algunas doctrinas que oscurecen el llamado del evangelio) o incluso la “ortodoxia desorientada”, consecuencia de la exposición de doctrinas como en una clase teológica, pero que no se combinan para que penetren en los corazones de las personas a fin de que experimenten la convicción de pecado y la belleza de la gracia. Nuestra comunicación y nuestras prácticas no deben tender ni hacia la ley ni hacia la licencia. En la medida en que lo hagan, pierden el poder de transformar vidas.⁶



2. El eje de la ciudad (que también pudiera llamarse eje de la cultura). Demostraremos que para alcanzar a la gente debemos apreciar su cultura y adaptarnos a ella, pero también debemos confrontarla y desafiarla. Esto se fundamenta en la enseñanza bíblica de que todas las culturas son receptoras de la gracia de Dios y tienen una revelación natural de Él en ellas, aunque también son obstinadamente idólatras. Si nos adaptamos en exceso a una cultura, hemos aceptado los ídolos de esa cultura. Sin embargo, si nos adaptamos escasamente a una cultura, puede que hayamos tornado nuestra propia cultura en un ídolo, un absoluto. Si nos adaptamos en exceso a una cultura, no podemos cambiar a la gente porque no la estamos invitando al cambio. Si nos adaptamos escasamente a la cultura, nadie será transformado porque no habrá quien los escuche; confundiremos, ofenderemos o simplemente seremos incapaces de persuadir. En la medida en que un ministerio se adapte en exceso o escasamente a una cultura, perderá su poder para transformar vidas.



3. El eje del movimiento. Algunas iglesias se identifican tan poderosamente con su propia tradición teológica, que no pueden hacer causa común con otras iglesias o instituciones evangélicas para alcanzar a una ciudad o trabajar por el bien común. También tienden a aferrarse fuertemente a formas de ministerios del pasado y son iglesias sumamente estructuradas e institucionales. Por el contrario, otras iglesias son extremadamente antiinstitucionales. Prácticamente no tienen identificación con una herencia o denominación particular y no

tienen mucha relación con un pasado cristiano. En algunos casos carecen prácticamente de un carácter institucional, son completamente flexibles e informales. Una iglesia en cualquiera de estos extremos asfixiará el desarrollo del liderazgo y estrangulará la salud de la iglesia como entidad corporativa, como comunidad. En la medida en que cometa cualquiera de estos errores, pierde su poder de dar vida.

Cuanto más “en el centro” de todos los ejes se halle el ministerio, más dinamismo y efectividad tendrá. El ministerio que se encuentre en un extremo del espectro o de los ejes, limitará el poder de cambiar las vidas de las personas en ese entorno.

Así como con la publicación original de *Iglesia centrada*, espero que estos tres volúmenes más pequeños sean útiles y propicien debates. Cada uno de los volúmenes de la serie corresponde a uno de los tres ejes.

Moldeados por el evangelio examina la necesidad de recuperar una perspectiva bíblica del evangelio. Nuestras iglesias se deben distinguir por nuestro fondo teológico-evangélico más que por nuestra poca profundidad doctrinal, nuestro pragmatismo, nuestra falta de reflexión y nuestra filosofía orientada a métodos. Además, necesitamos experimentar una renovación para que una nota constante de gracia se aplique a todo y nuestro ministerio no esté marcado por el legalismo o el intelectualismo frío.

Amar la ciudad resalta la necesidad de ser sensibles a la cultura en vez de escoger pasar por alto nuestro momento cultural y despreocuparnos de las diferencias culturales existentes entre grupos. Examina cómo podemos desarrollar una visión para nuestra ciudad a través de adoptar formas amables de ministrar a la ciudad, en vez de acercamientos que son hostiles o indiferentes a la misma. También observamos cómo comprometernos con la cultura de una manera en que evitamos ser demasiado triunfalistas o tener una actitud demasiado apartada o subcultural.

Servir a un movimiento muestra por qué cada ministerio de la iglesia debe mirar hacia el exterior aguardando la presencia de personas no creyentes y respaldando a los laicos en su ministerio en el mundo. También vemos la necesidad de tener un ministerio integrante, donde ministramos con palabras y obras ayudando a satisfacer

las necesidades espirituales y físicas del pobre y de los que viven y trabajan en centros culturales. Finalmente, vemos la necesidad de tener una actitud de disposición a cooperar con otros creyentes, sin ser conscientes de zonas de influencia ni desconfiados, sino promoviendo con entusiasmo una visión para toda la ciudad.

Entonces, el propósito de estos tres volúmenes no es delinear un “modelo al estilo de Redemer”. Esto no es una “iglesia en una caja”. En lugar de eso, seguimos diseñando una visión teológica específica para el ministerio que estamos seguros que permitirá a muchas iglesias alcanzar a la gente en nuestro día y época, de forma particular, mientras la avanzada globalización occidental moderna siga afectando la cultura. Esta realidad es especialmente cierta en las grandes ciudades del mundo, pero estos cambios culturales se están sintiendo en todas partes, por eso confiamos en que los líderes eclesiales de una gran variedad de ambientes sociales encuentren útil este libro. Recomendaremos una visión para usar el evangelio en la vida de la gente contemporánea, contextualizando, entendiendo a las ciudades, comprometiéndose culturalmente, discipulando para la misión, integrando variados ministerios y patrocinando dinámicas del movimiento en su congregación y en el mundo. Este conjunto de énfasis y valores —la visión teológica de una iglesia centrada— puede capacitar a toda clase de modelos de iglesias y métodos en todo tipo de escenarios. Creemos que si abrazas el proceso de hacer que tu visión sea manifiesta, seleccionarás mejores modelos y métodos.

NOTA DE TIMOTHY KELLER

Iglesia centrada es un manual para líderes eclesiales que trabajan en el ministerio hoy en día, en especial aquellos que sirven en áreas urbanas o urbanizadas. El volumen que tienes en tus manos es el tercero de una serie (junto con *Moldeados por el evangelio* y *Amar la Ciudad*). Contiene el material de las tres últimas partes de *Iglesia centrada*, es decir, la Comunidad misional, el Ministerio integrador y las Dinámicas del movimiento, junto con tres ensayos de otros autores que dan sus comentarios sobre el contenido, seguidos por mis respuestas a sus comentarios. El primer ensayo reflexiona sobre la parte “Comunidad misional” y fue escrito por el pastor y teólogo Tim Chester. El segundo ensayo sobre la parte “Ministerio integrador” fue escrito por Daniel Montgomery y Mike Cosper, pastores de la iglesia Sojourn Church en Louisville, Kentucky. Alan Hirsch, un escritor misional de la iglesia y líder de opinión, escribió el tercer ensayo sobre la parte “Dinámicas del movimiento”.

Como puedes ver por los títulos, estas partes de *Iglesia centrada* tienen que ver con las preguntas prácticas sobre cómo la iglesia alcanza a las personas en una cultura poscristiana. Estas preguntas tratan con los temas del movimiento de la “iglesia misional” de los últimos veinte años, en los que las formas más antiguas de hacer iglesia, y aun los métodos recientemente exitosos de la iglesia para buscadores, se percibieron como inefectivos para alcanzar una cultura cada vez más secularizada, global y moderna.

Muchos dicen que el movimiento de la iglesia misional emergente se acabó. Sin embargo, el problema que trataba de abordar sigue con nosotros, es decir, encontrar una respuesta para la pregunta de Lesslie Newbigin: “¿Cómo tiene un encuentro misionero la iglesia con la cultura secular poscristiana aquí?” Un encuentro misionero no implica incorporarse ni ser asimilado por la cultura (de tal forma que no haya “misión”), y tampoco implica retraerse en lugares sellados

herméticamente (donde no hay “encuentro”). Pienso que esta pregunta es el origen del propio término *iglesia misional*. Ahora que por primera vez en siglos la iglesia occidental está tan poco sincronizada con las sociedades que la rodean, ¿cómo puede convertirse en algo similar a iglesias en el resto del mundo que han aprendido a estar en encuentros misioneros con sus culturas? Tal vez es cierto que se ha acabado la energía alrededor de los esfuerzos más tempranos por responder la pregunta de Newbiggin. Pero ¿la pregunta es obsoleta o menos relevante hoy? Para nada. Varias situaciones en los últimos años han dejado aturcidos, desorientados y como exiliados en sus países a muchos cristianos en Occidente. Por eso, los asuntos que se tratan en este volumen son más relevantes y urgentes que nunca.

Los ensayistas de este volumen están bien capacitados para ofrecer perspectivas y experiencias que son de gran ayuda. Podemos echar un vistazo rápido a la perspectiva general que aportan. Tim Chester es un pastor y teólogo británico, mientras que Alan Hirsch nació y creció en Sudáfrica y estudió, ministró y enseñó en Australia. Alan ha viajado bastante y ha observado el ministerio “en los límites”, en una gran cantidad y variedad de lugares alrededor del mundo. Daniel Montgomery y Mike Cosper, en contraste, son ministros más jóvenes en los Estados Unidos que proporcionan un relato instructivo y un estudio de caso de una nueva iglesia buscando descubrir formas prácticas de tener el encuentro misionero de Newbiggin en su ciudad. El nombre de su iglesia —Sojourn— habla de, entre otras cosas, cómo han pasado por diversas formas de entender su misión, visión y ministerio.

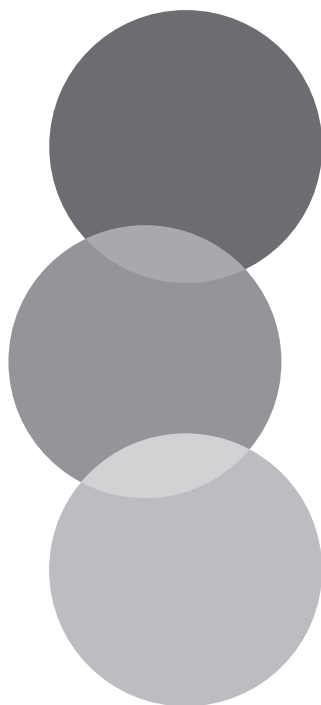
Una de las lecciones clave que he aprendido gracias a las interacciones con todos los ensayistas en esta serie es ser relevante para los lectores. *Iglesia centrada* es un libro que se ve bastante largo —aun intimidantemente largo—, pero que no pretende ser una “teología práctica” completa del ministerio eclesial. Por ejemplo, en *Iglesia centrada* se habla poco de la predicación, aunque en algunas partes se indica su importancia. Sería útil leer *Preaching: Communicating Faith in an Age of Skepticism* [*La predicación: compartir la fe en tiempos de escepticismo*] para obtener una imagen más clara de cómo creo que debería ser el ministerio en nuestra cultura en la modernidad tardía.

También, aunque he reflexionado un poco en *Iglesia centrada* sobre la teología bíblica del evangelio y de la ciudad, en la mayoría de capítulos no podía tomarme el tiempo para proveer un fundamento fuerte. Entonces, por ejemplo, cuando hablo de adoración, formación de comunidad, misericordia junto con justicia y evangelización, no presento un fundamento teológico completo. Comúnmente, hago referencia a otros libros que sí lo hacen. Así que, por ejemplo, el contenido de “Ministerio integrador” (la segunda parte de *Servir a un movimiento*) asume la eclesiología y la doctrina de varios libros, como los de Edmund Clowney. El material en los capítulos sobre la justicia y sobre cómo la fe moldea nuestro trabajo (los capítulos 7 y 8 de *Servir a un movimiento*) hace referencia a mis libros *Generous Justice* [*Justicia generosa*] y *Every Good Endeavor* [*Toda buena obra*], donde siento más bases teológicas que en *Iglesia centrada*. Por favor, ten esto en cuenta.

Los ensayos tejidos a lo largo de los tres volúmenes de esta serie realzan el valor de *Iglesia centrada*, por decir lo menos. Las experiencias, los relatos y las críticas de los autores le aportan riqueza al patrón de enseñanza en esta serie. Mi mente se ha expandido y ahora estoy mejor equipado que antes para trabajar en mi ministerio, luego de sumergirme en estas grandiosas conversaciones. Pienso que también descubrirás que esto será una realidad para ti.

Parte I

COMUNIDAD MISIONAL





Capítulo 1

LA BÚSQUEDA DE LA IGLESIA MISIONAL

La palabra *misional* se popularizó primero después de la publicación en 1998 del libro titulado *Missional Church* [Iglesia misional] y a partir de entonces se la ha adoptado y se usa ampliamente.¹ Muchos se preguntan: “¿Cómo podemos ser realmente misionales?”. Toda una generación de jóvenes líderes evangélicos ha crecido buscando la verdadera iglesia misional como si fuera el Cáliz Sagrado. Según parece, se publican cada año una docena de libros con la palabra *misional* en su título, pero un análisis de estos libros revela que la palabra tiene significados notoriamente diferentes y que se usa de distintas maneras por diferentes autores, organizaciones e iglesias; lo que conduce a mucha confusión acerca de qué, exactamente, quiere decir el término *misional*.

Antes de que el término *misional* se esparciera por todo el mundo cristiano, se usaba primordialmente en círculos protestantes tradicionales y ecuménicos de forma estrechamente asociada con la frase latina *missio Dei*. La frase fue acuñada originalmente para transmitir la enseñanza de Karl Barth sobre la acción de Dios en el mundo. Según Lesslie Newbigin, el término *missio Dei* se hizo prominente después de la conferencia misionera mundial de 1952 en Willingen, Alemania. Fue una manera de referirse a la idea de que Dios está activo en el mundo, obrando para redimir la creación entera, y que la tarea de la iglesia es participar en esta misión.²

En su influyente libro de 1991, *Transforming Mission* [Misión transformadora], David Bosch explicó que la expresión *missio Dei* estaba firmemente basada en la teología trinitaria. Bosch apuntó que, en el pasado, se veía en su mayor parte a la misión como una

categoría de la soteriología (como una manera de salvar almas) o como una categoría de la eclesiología (una manera de expandir la iglesia). En contraste, el concepto de *missio Dei* implicaba que la misión se debe “entender como derivándose de la misma naturaleza de Dios [...] puesta en el contexto de la doctrina de la Trinidad y no de la eclesiología ni de la soteriología”.³ La Trinidad está, por naturaleza, “enviando”. El Padre envía al Hijo al mundo para salvarlo, y el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo al mundo. Y ahora, dijo Bosch, el Espíritu está enviando a la iglesia. En pocas palabras, Dios no solo envía a la iglesia en misión. Dios ya está en misión, y la iglesia debe unírsele. Así que esto también quiere decir que la iglesia no solo tiene un departamento misionero, sino que también debe existir totalmente para *ser* una misión.

A primera vista, esto parecería ser una teología fuerte y sólida de la misión. Sin embargo, con el paso del tiempo significó que la iglesia llegó a verse en realidad como menos relevante. Lesslie Newbigin escribió estas palabras a fines de la década de los setenta:

Si Dios es, de hecho, el verdadero misionero, según se dijo, nuestro negocio no es promover la misión de la iglesia, sino salir al mundo, buscar “lo que Dios está haciendo en el mundo” y unir nuestras fuerzas con Él. Se pensaba en general que ‘lo que Dios está haciendo’ era en los sectores seculares en vez de en los sectores religiosos de la vida humana. El efecto, por supuesto, fue buscar lo que parecían ser los poderes emergentes e identificar la responsabilidad misionera de los cristianos con el respaldo de una variedad de desarrollos políticos y culturales.⁴

Harvey Cox de Harvard Divinity School escribió: “Lo que Dios está haciendo en el mundo es política [...] La teología hoy debe ser [por tanto] esa reflexión en acción con la que la iglesia descubre lo que este Dios-político se propone y con la que se acerca para trabajar junto a Él”.⁵ En muchos círculos tradicionales y ecuménicos, *misión* significó trabajar con movimientos seculares de derechos humanos o con las organizaciones políticas emergentes de izquierda. Los

resultados, escribió Newbigin, fueron “en verdad algo estrambóticos. Aun el ‘Librito rojo’ del presidente Mao llegó a ser casi una nueva Biblia”.⁶ Newbigin, que fue uno de los participantes clave en la formación del Concilio Mundial de Iglesias (CMI), empezó a estar muy preocupado porque el concepto de la *missio Dei* volvía poco necesaria a la iglesia. La iglesia no podía atender las necesidades humanas tan bien como podían hacerlo las agencias de servicios sociales, ni podía cambiar la sociedad tan bien como podían hacerlo los partidos y las organizaciones políticas. Así que, bajo este punto de vista, la iglesia se volvió intrascendente.

En *The Open Secret [El secreto a voces]*, Newbigin criticó lo que llamó la “secularización” de la misión. Argumentó que las conversiones, el crecimiento de la iglesia y la calidad de la comunidad cristiana eran esenciales y centrales para la misión. Newbigin vio favorablemente las teorías del misiólogo Donald McGavran, que enseñaban que el propósito de la misión era “el crecimiento de la iglesia” en calidad y cantidad.⁷ No obstante, Newbigin retuvo el término *missio Dei* y su concepto teológico original de un Dios misionero. Insistió en que la iglesia necesitaba crecer mediante la evangelización, pero también necesitaba participar en el servicio y en la lucha por la justicia en el mundo. Newbigin trató de sostener la idea básica de la *missio Dei* y de salvarla de los excesos y de las distorsiones del movimiento ecuménico.

El rescate de Newbigin-Bosch

Lesslie Newbigin había sido un misionero británico en la India por varias décadas. Cuando volvió a Inglaterra a mediados de los setenta, vio el masivo descenso de la iglesia y de la influencia cristiana que había ocurrido en su ausencia. Cuando dejó Inglaterra, las principales instituciones culturales de la sociedad occidental todavía cristianizaban a las personas, y las iglesias reunían con facilidad a los que venían a sus puertas a través de la expectativa y de las costumbres sociales. Las iglesias en occidente siempre habían respaldado las “misiones” en las culturas no cristianas más allá de los mares (tales como la India). Allí en el “campo misionero”, las iglesias funcionaban de

una manera diferente que en Europa o en Norteamérica. Las iglesias en la India no solo respaldaban las misiones ni hacían misiones; *eran* misionales en todo aspecto. No podían simplemente procesar a las personas cristianizadas como las iglesias lo hacían en occidente. Más bien, cada aspecto de su vida de iglesia —adoración, predicación, vida comunitaria y discipulado— tenía que ser una forma de misión.

Por ejemplo, en el campo misionero no se podía esperar que los que visitaban un culto de adoración estuvieran algo familiarizados con el cristianismo. Por consiguiente, la adoración y la predicación tenían que dirigirse a ellos de maneras tanto comprensibles como retadoras. En el campo misionero, los creyentes vivían en una sociedad con valores radicalmente diferentes a los que se les enseñaba en la iglesia. Esto hacía que la “vida en el mundo” fuera muy complicada para los cristianos. El discipulado y la capacitación tenían que equipar a los creyentes para contestar muchas preguntas hostiles de sus vecinos. También tenían que reflejar los patrones de conducta personal y corporativa del cristiano que los distinguían y que mostraban a la sociedad en qué consiste el reino de Dios. En otras palabras, lejos de occidente, las iglesias no tenían solo un departamento de misiones, sino que los cristianos estaban “en misión” en todos los aspectos de su vida pública y privada.

Cuando volvió a Inglaterra, Newbigin descubrió que el suelo se había movido. Las instituciones culturales de la sociedad ahora eran indiferentes o abiertamente hostiles a la fe cristiana, y el número de personas que asistía a la iglesia había caído en picada. La cultura occidental estaba convirtiéndose rápidamente en una sociedad no cristiana —un “campo misionero”—, pero las iglesias estaban haciendo pocos ajustes. Mientras muchos líderes cristianos lamentaban los cambios culturales, las iglesias occidentales continuaban ministrando como antes, promoviendo un medio ambiente en el cual solo las personas tradicionales o conservadoras se sentían cómodas. Continuaban discipulando a las personas concentrándose en destrezas individuales para sus vidas privadas (estudio bíblico y oración), pero fallaban al no entrenarlas para que vivieran vidas distintivamente cristianas en un mundo secular; en las arenas públicas de la política, el arte y los negocios. Todo lo que predicaban y practicaban

daba por sentado que estaban todavía en el occidente cristiano, pero el occidente cristiano estaba desapareciendo.

Esta fue una táctica desastrosa. Las iglesias occidentales, defendía Newbiggin, tenían que poner la misma clase de pensamiento y esfuerzo para alcanzar a su cultura extranjera no cristiana como las iglesias de la India, de China y del resto del mundo. En los últimos veinticuatro años de su vida, Newbiggin defendió incansablemente y de manera mordaz que la iglesia tenía que aceptar el hecho de que ya no estaba realizando su labor en la “cristiandad”. Rechazando la noción común de que occidente estaba convirtiéndose en una sociedad *secular* sin Dios, Newbiggin la veía como una sociedad *pagana* llena de ídolos y dioses falsos.⁸ Criticó especialmente la ideología del Iluminismo europeo y su compromiso idólatra con la autonomía de la razón humana que había conducido a la ilusión de un conocimiento neutral, libre de valores y de objetivo. Este compromiso con la razón había seducido a los líderes culturales occidentales a creer que no necesitaban a Dios ni a ninguna fe religiosa en particular para tener una sociedad bien ordenada, justa y moral. Dijo que era esencial para la misión de la iglesia en occidente el desenmascarar a este falso dios, mostrando la futilidad del “proyecto del Iluminismo”; el esfuerzo infructuoso de hallar un consenso con base en la razón secular sobre la moralidad, el bien y el mal, la justicia y la prosperidad humanas.

En sus libros *The Open Secret* [*El secreto a voces*], *Foolishness to the Greeks* [*Locura para los griegos*] y *The Gospel in a Pluralist Society* [*El evangelio en una sociedad pluralista*], Newbiggin expresó qué aspecto tendría la misión a la sociedad occidental.⁹ Incluía una apologética pública contra la autonomía de la razón humana que estaba abiertamente endeudada con Alasdair MacIntyre y Michael Polany, pero que también incorporaba el enfoque de Abraham Kuyper y de Herman Bavinck. También recalca el equipamiento de los creyentes para que integren su fe con su trabajo, cambiando la sociedad mientras salen a sus vocaciones en el mundo, así como recalcando también la importancia de la iglesia cristiana como una “hermenéutica del evangelio”. Newbiggin creía que el amor, la justicia y la paz que deben caracterizar la contracultura cristiana eran formas primordiales de dar testimonio de Dios en una sociedad pluralista. Con

estos dos últimos énfasis —la renovación de la sociedad y la iglesia como una comunidad “de contraste”—, Newbiggin combina varios de los enfoques culturales que hemos visto previamente.

Más importante, Newbiggin propuso una especie de camino intermedio (aunque nunca usó esa expresión) con la *missio Dei*. En su análisis incisivo del libro de Konrad Raiser que defiende el enfoque del CMI (*Ecumenism in Transition: A Paradigm Shift for the Ecumenical Movement* [*Ecumenismo en transición: ¿un cambio de paradigma para el movimiento ecuménico?*]), escribió lo siguiente:

Raiser, por supuesto, tiene toda la razón al protestar contra el concepto eclesiocéntrico de misión, como si la iglesia fuera la autora y la meta de la misión. Pero toda esta visión está forjada en demasía por la ideología de la década de los sesenta con su fe para resolver problemas puesta en lo secular y en el poder humano. La tesis está fuertemente marcada por un modelo [...] que interpreta todas las situaciones en términos de opresor y oprimido y que tiende a interpretar las luchas de los oprimidos como instrumentos de redención. Este modelo le debe no poco a un pensamiento marxista, y el colapso del marxismo como poder mundial ha producido una nueva situación con la cual el CMI tendrá que enfrentarse.¹⁰

Newbiggin rechazó la identificación directa de la redención divina con cualquier movimiento que mejora el bienestar socioeconómico. Tenía razón al decir que la idea de definir las misiones como “lo que Dios está haciendo en la historia” deriva sus orígenes de una manera demasiado íntima de las ideas marxistas de la lucha de clases como el significado de la historia. Pero luego Newbiggin trató de lograr una nota de equilibrio:

El asunto crucial (literalmente) es la centralidad de Jesús y Su obra expiatoria en la cruz, esa obra por la que ganó el señorío sobre la iglesia y el mundo [...]

Una de las tareas más apremiantes para el futuro inmediato es redescubrir una doctrina de la redención que ve

la cruz no como un estandarte de los oprimidos contra el opresor, sino como la acción de Dios que trae tanto juicio como redención para todos los que la aceptan, pero que no trastorna la propia lucha por la medida de justicia que es posible en un mundo de seres humanos pecadores.¹¹

Aquí Newbigin saca la lucha por la justicia en el mundo del centro del significado de la redención. La redención es, antes que nada, la acción de Dios en Cristo, y esta acción exige una decisión. Hay que aceptarla, no rechazarla.¹² Sin embargo, aún hay lugar para que luchemos por la “medida de justicia” en este mundo.

En su libro *Transforming Mission* [*Misión transformadora*], David Bosch desarrolla más la idea de Newbigin de la *missio Dei*. En el examen que Bosch hace de la teología misionera en Lucas, ve una comisión para proclamar a Cristo y un llamamiento a la conversión; y muestra, también, la preocupación de Dios por la justicia a favor de los pobres. En su libro *Believing in the Future* [*Creer en el futuro*], Bosch va más allá, explicando una visión de la misión en un occidente poscristiano. Vuelve a enunciar la idea de *missio Dei*: que la misión de Dios es restaurar la creación, y que la iglesia es llamada a participar en esta misión. Nos dice que la misión no es solo “el reclutamiento hacia nuestra ‘marca’ de religión; es llamar la atención de las personas hacia el reinado universal de Dios”.¹³ Luego sugiere cómo se puede hacer esto. Primero —dice— debemos evitar dos errores opuestos: (1) tratar de recrear una sociedad cristiana (el error de la cristiandad medieval) y (2) retirarse de la sociedad al “ámbito espiritual” (el error de la modernidad).¹⁴ Segundo, debemos aprender cómo presentar, pública y proféticamente un reto al ídolo de la razón autónoma y sus resultados.¹⁵ Tercero, debemos esforzarnos todo lo posible para convertir nuestras iglesias en sociedades de contraste, contraculturas que le muestran a la sociedad cómo se ve la vida humana libre de los ídolos de la raza, la riqueza, el sexo, el poder o la autonomía individual.¹⁶ Así que contextualizamos nuestro mensaje de manera que evite el sincretismo por un extremo y la irrelevancia por el otro; equipamos mejor a los laicos para su llamado público y cultivamos una adoración vital que forja la vida como la esencia dinámica de la misión. Estos

pasos muestran al mundo un modelo contracultural de sociedad y forjan a las personas a fin de que el evangelio influya en la manera en que viven en el mundo.¹⁷ Finalmente, debemos presentar al mundo tanta unidad entre las iglesias como sea prácticamente posible.

Un pensamiento que anima toda esta obra es la idea *del cautiverio cultural de la iglesia* en occidente. Bosch, al igual que Newbigin, critica de manera especial el racionalismo del Iluminismo y sus varios efectos en la cultura occidental: materialismo, consumismo, individualismo y desintegración de comunidad. Mantiene que la iglesia está forjada en exceso por el espíritu de la época, tanto en su forma conservadora como en su forma liberal. En su forma liberal, se ha dejado convencer, sin discernimiento, del relato secular de las cosas, evitando la sobrenaturalización del evangelio, y así la obra del Espíritu parece verse principalmente en los movimientos seculares de liberación, convirtiendo así a las iglesias tradicionales de ideología liberal en poco más que centros de servicio social en donde reina el lenguaje de los activistas de derechos seculares. En su forma conservadora, se ha dejado convencer, sin discernimiento, de la idea de la religión como forma de satisfacer las necesidades individuales del consumidor, convirtiendo de este modo a la iglesia conservadora en algo parecido a un centro comercial para las necesidades sentidas, en donde reina el lenguaje de la terapia y el mercadeo modernos. Las personas ven a Cristo como un camino hacia la autorrealización y la prosperidad, no como un modelo de servicio radical a otros. Ambas alas de la iglesia cristiana están, entonces, cautivas de los ídolos reinantes de la cultura occidental.¹⁸ No están cuestionando estos ídolos en su predicación ni en su práctica.

Debido a los influyentes escritos de Newbigin y de Bosch, a mediados de la década de los noventa se empezó a desarrollar una nueva comprensión, más plenamente realizada, de la *missio Dei*. Esta comprensión buscaba evitar la secularización de la misión hallada en las iglesias de ideología liberal. La narrativa que la cubría seguía siendo que Dios estaba en misión para renovar toda la creación, pero la nueva forma de verlo recalcaba la proclamación pública de Cristo como Señor y como esperanza del mundo y, por consiguiente, recalcaba la necesidad tanto de la conversión como del crecimiento de la iglesia.

Esta nueva y rehabilitada forma de ver la *missio Dei* empezó a captar la atención de muchos cristianos fuera de la tradición de ideología liberal que luchaban con la cuestión de cómo relacionarse con una cultura cada vez más poscristiana.

El movimiento de la iglesia misional hoy

Cuando apareció *Missional Church* [*Iglesia misional*] (editado por Darrell Guder) por primera vez en 1998, se apoyó en esta nueva comprensión de la *missio Dei* que previamente había sido desarrollada por Lesslie Newbigin y David Bosch. El libro planteaba el mismo dilema: la cultura ya no estaba cristianizada y ahora la iglesia estaba “en el campo misionero hacia el mundo moderno”. Sin embargo, la iglesia estaba cautiva en la cultura de la modernidad y por consiguiente no tenía ninguna alternativa real que ofrecer. La iglesia debía, por lo tanto, reformarse a sí misma y descubrir nuevas maneras de interaccionar con la cultura. Pero ¿cómo había que hacer esto? De nuevo, las respuestas sonaban como muchos de los mismos temas de Newbigin y Bosch: la iglesia como una comunidad de contraste, la contextualización del mensaje, la preocupación no solo por el crecimiento de la iglesia, sino también por la justicia. Los compromisos teológicos del libro estaban firmemente basados en el concepto de la misión como participación en el propósito del Dios trino para redimir la creación.¹⁹

El tiempo para estas ideas estaba maduro, y el término “iglesia misional” se popularizó en círculos evangélicos. La iglesia evangélica como un todo empezó a darse cuenta del cambio cultural que sucedía a su alrededor y de la creciente ineficiencia de la mayor parte del enfoque tradicional al ministerio. Algunos en la iglesia tradicional estaban quedándose desencantados con el vacío de la teología ecuménica, pero o bien no podían, o bien no les atraía la idea de unirse al movimiento evangélico. Muchos de estos dirigentes de iglesia captaron la visión básica de la iglesia misional en la cultura occidental que se hallaba en el libro editado por Guder.

Pero muchos captaron las ideas de la *missio Dei* y de la iglesia misional y las suplementaron con otro contenido teológico y cultural,

lo que nos ha llevado a una aturdidora variedad de definiciones diferentes y a veces contradictorias del término *misional*. Craig Van Gelder ha escrito todo un volumen simplemente tratando de catalogar los diferentes enfoques y definiciones de la idea. Él y su colega Dwight Zscheile han discernido cuatro “corrientes” de la conversación misional que se superponen.

1. Ser misional es ser evangelizador. Algunas iglesias (y autores) simplemente han adoptado *misional* como sinónimo de estar altamente comprometidas con la evangelización y con las misiones extranjeras. Como todas las expresiones de ser misional, el punto de partida es cómo ha cambiado nuestra cultura, cómo se requiere más ingenuidad y diligencia que nunca para alcanzar a las personas, y la afirmación de que todo cristiano es un misionero. Los que se hallan en esta categoría abrazan por lo general un enfoque hasta cierto punto más holístico del esfuerzo para alcanzar a las personas, sugiriendo varias formas de servicio comunitario. Sin embargo, la teología subyacente es bastante tradicional. En su mayor parte se concibe la misión como el llevar a las personas a una salvación individual mediante la iglesia. Faltan las ideas distintivas de la *missio Dei*: tanto la obra del Espíritu de Dios en el mundo para restaurar a toda la creación como el cautiverio cultural de la iglesia occidental.²⁰

2. Ser misional es ser encarnacional. Otro conjunto de voces critica el modelo de la cristiandad de la iglesia como “llamativo”. El modelo llamativo se basa en que los no cristianos vienen o se les invita a programas y ministerios de la iglesia. Vienen a escuchar la predicación, a participar en los programas que ministran a las necesidades que percibimos que tienen o a asistir a bautismos, bodas y funerales. Esto, se dice, es ahora un modelo obsoleto (aunque todavía funciona en las partes más tradicionales de occidente y con el cuerpo de no cristianos “cristianizado” cada vez más reducido).

En lugar del modelo llamativo, recomiendan un modelo encarnacional, donde los cristianos viven geográficamente en proximidad unos de otros, forman una comunidad fuerte y rica entre sí mismos, y luego se involucran profundamente con la vida cívica y corporativa de su barrio o ciudad. La plantación de iglesias bajo este paradigma no necesita empezar con un ministro a tiempo completo, ni con un

grupo central, ni con un culto de adoración. Más bien, unas pocas familias cristianas se mudan a un barrio y participan plenamente de su vida, descubren las necesidades de los ciudadanos y empiezan a suplirlas en nombre de Cristo. La comunidad cristiana crece orgánicamente y llega gradualmente a incluir a muchos de los no creyentes que trabajan por la paz y la justicia en el barrio. En general, la adopción de esta noción conduce a la proliferación de iglesias informales en los hogares.²¹

3. Ser misional es ser *contextual*. Algunos pensadores ponen más énfasis en los cambios más recientes de la cultura moderna y posmoderna, el cautiverio cultural de la iglesia y, por consiguiente, la necesidad de contextualizar cada aspecto del ministerio de la iglesia a fin de que interactúe con esta realidad poscristiana. Este enfoque incluye aspectos de las primeras dos opciones, puesto que los pensadores en esta categoría enfatizan el ser ingeniosamente evangelizadores y encarnacionales en la comunidad; pero van más allá. En esta opción es posible profundizar en la comunidad cristiana e involucrarse en el servicio a la comunidad, pero también es posible ser una subcultura que en realidad no interactúe con la sociedad occidental poscristiana. Para ser una iglesia verdaderamente misional se requiere una profunda reflexión sobre la cultura y un descubrimiento de formas creativas de comunicación y práctica de la iglesia que se adapten a la cultura y que a la vez la retengan. Los que se encuentran en esta categoría aprecian el modelo de iglesia encarnacional en el hogar, pero la ven como una buena y posible forma de ministerio entre muchas otras.

Van Gelder y Zscheile mencionan autores que promueven esta noción, y muchos de ellos parecen asumir una teología evangélica más tradicional que los que se hallan en la última categoría.²² Con todo, todos aceptan que las medidas básicas propuestas por Newbigin de un “encuentro misionero con la cultura occidental”, una nueva apologética, la cultura como comunidad de contraste, el esfuerzo heroico para alcanzar a otros y la interacción con la cultura a través de las vocaciones son correctas. En sus propias obras tratan de describir qué aspecto tendrían las medidas propuestas por Newbigin.

4. Ser misional es ser *recíproco* y *comunal*. Este grupo de pensadores aplaude el énfasis de los otros tres. De buen grado afirman que todo cristiano está en misión. Respaldan la idea de la iglesia como mucho más encarnacionalmente involucrada en la vida de su comunidad y creen firmemente en la importancia de la contextualización y del compromiso cultural. Sin embargo, no creen que los otros hayan llevado las implicaciones de la *missio Dei* lo suficientemente lejos. Creen que la *missio Dei* nos llama a remodelar cuidadosamente tanto nuestra teología como nuestra práctica.

Los que adoptan este enfoque han llegado a dos conclusiones. Primero, si Dios ya tiene una misión, una iglesia no debe hacer misión diseñando métodos para atraer a las personas a sus cultos. Debe responder a lo que Dios ya está haciendo en el mundo. Alan Roxburgh, uno de los ensayistas originales en *Missional Church [Iglesia misiona]*, escribe que una de las preguntas que las iglesias misionales se hacen vez tras vez es: “¿Qué es lo que Dios se propone en este barrio?”. La iglesia misional escucha a las personas de la comunidad y “se abre a dejarse sorprender por los propósitos de Dios”.²³ En lugar de anunciar simplemente al mundo lo que este necesita saber, la iglesia escucha y aprende lo que Dios está haciendo y entonces participa.

Segundo, a fin de superar el individualismo del Siglo de las Luces, la iglesia debe redefinir el pecado, la misión y la salvación en términos corporativos y comunales. En lugar de hablar del pecado primordialmente como una ofensa contra un Dios santo, al pecado se le ve, en términos horizontales, como la violación de la *shalom* de Dios en el mundo a través del egoísmo, la violencia, la injusticia y el orgullo.²⁴ En lugar de hablar de la cruz como principalmente el lugar en donde Jesús satisfizo la ira de Dios por nuestro pecado, se ve la muerte de Jesús como la ocasión en que los poderes de este mundo cayeron sobre Jesús y fueron derrotados.²⁵ La misión, entonces, en última instancia no es cuestión de llevar a los individuos a una buena relación con Dios, sino que es cuestión de incorporarlos en una nueva comunidad que se asocia con Dios para redimir las estructuras sociales y sanar al mundo.²⁶

¿Qué tienen de común estos enfoques?

Muchos evangélicos conservadores rechazan el término *misional* debido a su asociación con pensadores de la iglesia emergente, tales como Brian McLaren, debido a su conexión con el movimiento ecuménico y la teología de Karl Barth, o solo porque es una palabra muy difícil de definir.²⁷

Lo entiendo. Pero queda el hecho de que un gran número de creyentes cristianos hoy en día están en una búsqueda ferviente de la iglesia misional, independientemente de que usen el término o no. Los que sostienen doctrinas conservadoras a menudo se hallan en la primera categoría —“misional como evangelizadora”— y ahora están empezando a poblar la segunda y tercera —“misional como encarnacional” y “misional como contextual”—. Aquellos con creencias de ideología liberal o tradicional se hallan en la segunda y tercera categorías, pero especialmente son atraídos por la cuarta categoría —“misional como recíproca y comunal”—.²⁸

A pesar de las diferencias reales e importantes entre estas cuatro corrientes misionales, pienso que tienen cosas importantes en común. En el resto del capítulo voy a resumir las áreas principales de consenso y los puntos fuertes en la conversación misional.

La era poscristiana

Primero, hemos entrado en la era poscristiana, o a la poscristiandad. La iglesia cristiana ha tenido un lugar privilegiado durante siglos en el mundo occidental, pero esto ya no es cierto. En lugar de ser una fuerza en el centro de la cultura, el cristianismo ha pasado a los márgenes. Hay un reconocimiento amplio de que la iglesia ha permitido que las instituciones culturales hagan gran parte del trabajo pesado que le correspondía a ella, infundiendo a las personas una manera ampliamente cristiana de pensar en cuanto a las cosas: respeto a la Biblia, sometimiento a los Diez Mandamientos, compromiso con las enseñanzas éticas del evangelio; la creencia en un Dios personal, en la vida venidera, en el día del juicio y en los absolutos morales. Pero ya no podemos esperar que las personas que ya tienen estas creencias básicas vengán a la iglesia simplemente por presión social o por costumbre. Los tiempos han cambiado.

El cautiverio cultural de la iglesia

Segundo, los que están en las corrientes encarnacional, contextual y comunal/recíproca reconocen además el cautiverio cultural de la iglesia y la necesidad de contextualizar el mensaje del evangelio a fin de que sea a la vez comprensible y retador para los que están en una sociedad pluralista y moderno-tardía. Muchos piden un evangelio que escape del cautiverio cultural cuestionando el individualismo del Siglo de las Luces de personas tanto seculares como de ciertos miembros de las iglesias evangélicas. Alan Roxburgh y Scott Boren escriben: “La modernidad reemplaza la misión con la autoactualización del individuo expresivo y autónomo”,²⁹ y este individualismo es el que hay que retar y confrontar. Newbiggin apunta que la iglesia también debe desenmascarar la autonomía de la razón humana. Recuerda que contextualización quiere decir mostrar cómo solo en Cristo pueden resolverse las narrativas básicas de una cultura. A la cultura absorbida en sí misma le decimos: “Debes perderte a ti misma en servicio a Cristo y a otros para hallarte a ti misma”. A la cultura racionalista le decimos: “No puedes tener las cosas que quieres —significado, dignidad, esperanza, carácter, valores compartidos y comunidad— sin fe”.

Enviados para ser bendición

Tercero, todos los que andan en busca de la iglesia misional creen también que la misión cristiana es algo más que solo un departamento de la iglesia, y algo más que solo el trabajo de profesionales capacitados. El Dios bíblico es por naturaleza un Dios que envía, un Dios misionero.³⁰ El Padre envía al Hijo; el Hijo envía al Espíritu y a Sus discípulos al mundo. Por consiguiente, toda la iglesia está en misión; todo cristiano está en misión. Dios nunca te llama para bendecirte sin enviarte también para que seas bendición (Gn 12:1–3; cf. 1P 2:9). Así que el cristiano no es un consumidor espiritual, viniendo para conseguir que se satisfagan sus necesidades emocionales y luego irse a casa. Una iglesia misional, entonces, es la que capacita y anima a su gente a estar en misión como individuos y como cuerpo. Todas las voces de la conversación misional concuerdan en que la iglesia no

solo debe ser atrayente; también debe equipar y enviar a los laicos al mundo a ministrar.

Una implicación de este concepto es que las iglesias misionales deben equipar a los laicos tanto para el testimonio evangelizador como para la vida y la vocación públicas. En tiempos de la cristiandad se podían dar el lujo de capacitar a las personas solamente en oración, estudio bíblico y evangelización —destrezas para sus vidas privadas— porque no se estaban enfrentando a valores radicalmente no cristianos en sus vidas públicas. En una iglesia misional, todas las personas necesitan educación teológica para “pensar cristianamente” acerca de todo y actuar con un distintivo cristiano. Necesitan saber cuáles prácticas culturales reflejan la gracia común y hay que abrazarlas, cuáles son antiéticas al evangelio y hay que rechazarlas y cuáles se pueden adaptar o revisar.³¹

Una comunidad de contraste

Finalmente, la mayoría de pensadores misionales concuerdan en que, en nuestra cultura occidental, debemos ser *una comunidad de contraste, una contracultura*. La calidad, lo distinto y la belleza de nuestra vida comunal debe ser una parte principal de nuestro testimonio y misión al mundo. Jesús dijo que la calidad y la visibilidad del amor de los cristianos los unos por los otros mostrará al mundo que el Padre *les envió* (Jn 17:20–21). En otras palabras, nuestra misión no puede avanzar sin que los cristianos se involucren, no solo en llamar a las personas a la conversión, sino también en servicio a la comunidad y en hacer justicia.³² Esto es parte del equilibrio que Newbigin consiguió. Mientras que muchos en la iglesia liberal redefinen la evangelización como buscar una sociedad más justa, y muchas iglesias conservadoras ven el trabajo de los cristianos en el mundo como estrictamente la proclamación y la conversión, la mayoría de los pensadores misionales concuerdan en que el testimonio de los cristianos debe ser tanto en palabra como en obra.

Parte de ser esta clase de contracultura incluye amar la ciudad; su cultura y su gente. A menudo las iglesias reúnen a su alrededor a personas a las que no les gusta la ciudad o que no esperan seguir en ella. Esta inclinación puede ocurrir en iglesias conservadoras que

desprecian la sociedad secular e inmoral que les rodea, o en iglesias compuestas principalmente por extranjeros o inmigrantes de otros países. Tales iglesias a menudo son indiferentes u hostiles a su propio local y, como resultado, la mayoría de residentes veteranos de la comunidad sentirán que no son bien recibidos en tales iglesias. Una iglesia misional disfruta, se preocupa y ora por su ciudad.

Otro aspecto de esta comunidad de contraste es la unidad más allá de las comunidades y de las denominaciones de iglesias. En tiempos de la cristiandad, cuando “todo el mundo era cristiano”, fue tal vez útil que una iglesia se definiera principalmente en contraste con otras iglesias. Sin embargo, hoy es mucho más iluminador y útil que una iglesia se defina con relación en los valores de la cultura secular. Si pasamos nuestro tiempo despotricando o criticando a otra clase de iglesias, simplemente le hacemos juego al error común de que todos los cristianos son intolerantes. Mientras que es correcto que nos alineemos con denominaciones que comparten muchos de nuestros rasgos particulares, a nivel local debemos cooperar con las demás congregaciones y los ministerios, extenderles la mano y apoyarlos. Hacerlo así levantará muchos asuntos espinosos, por supuesto, pero nuestra inclinación debe ser en dirección a la cooperación.

Pienso que estos puntos comunes en el diálogo misional son sólidos y generalmente consecuentes con una visión teológica de una iglesia centrada. Usaría la frase “iglesia misional” con menos cautela y más ampliamente si en verdad se entendiera que estos son los aspectos claves de la definición.

Con todo, por fructífera que haya sido la búsqueda de la iglesia misional, no siempre ha llevado a la iglesia a un territorio amistoso ni útil. Existen diferencias significativas e importantes entre varios grupos del diálogo misional. En el próximo capítulo miraré los peligros y desequilibrios clave inducidos por algunos pensadores y practicantes del diálogo misional y sugeriré algunas correcciones del curso.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. Keller escribe: “La palabra [*misional*] tiene significados notoriamente diferentes y se usa de distintas maneras diferentes por autores, organizaciones e iglesias; lo que nos conduce a mucha confusión acerca de qué quiere decir el término *misional*” exactamente. ¿Cómo has usado o definido el término *misional*? ¿De qué manera este capítulo ha cambiado o contribuido a tu comprensión del término?
2. El concepto de *missio Dei* sugiere que “Dios no meramente envía a la iglesia en misión. Dios ya está en misión, y la iglesia debe unírsele”. ¿Cuál piensas que es la misión de Dios y qué papel tiene la iglesia en esa misión? ¿Cómo distinguirías entre la misión de Dios y la misión de la iglesia?
3. De las cuatro formas de entender “misional” presentadas en este capítulo, ¿cuál se alinea más estrechamente con la tuya? ¿Qué hallas objetable en las otras formas de entender el término?
4. Cuatro énfasis comunes caracterizan a los que abrazan la idea de ser misional:
 - un reconocimiento de que hemos entrado en occidente a la era poscristiana;
 - un reconocimiento del cautiverio cultural de la iglesia y la necesidad de contextualizar el evangelio para una sociedad pluralista;
 - una afirmación de que la misión es tarea de todo cristiano;
 - un llamado a la iglesia a ser una comunidad de contraste.

¿Cuáles son algunos de los elementos singulares de cada énfasis que se consideran en este capítulo? ¿Con cuál te identificaste más al leer al respecto? ¿En relación con cuál es más difícil persuadir a otros en tu comunidad?



Capítulo 2

CÓMO CENTRAR A LA IGLESIA MISIONAL

Aunque la identificación del terreno común de la iglesia misional tiene un beneficio claro y valioso, la amplitud de diferencias entre las varias definiciones y puntos de vista es grande, y muchos aspectos de las visiones para “la vida misional” se contradicen entre sí. Todo el que participa en el diálogo misional concluye que los otros están cometiendo errores significativos, y yo no soy diferente respecto a esto. Habiendo observado el diálogo existente sobre la iglesia misional y habiendo probado muchas de estas ideas como practicante, tengo tres preocupaciones primarias respecto a cómo algunos segmentos del diálogo misional se están apropiando de las nociones básicas bosquejadas al final del capítulo previo. Necesitamos aprender a discernir y a evitar estos problemas a fin de ser efectivos para desarrollar un ministerio con la orientación de una iglesia centrada.

Problema #1: no ser suficientemente comprensible

Primero examinamos la rama del diálogo que ve a la iglesia misional como siendo simplemente evangelizadora. Estoy de acuerdo con que cualquier iglesia misional debe ser penetrante e intensamente evangelizadora en el sentido común de la palabra: debemos llamar a las personas a la conversión personal. Sin embargo, la típica presentación evangélica del evangelio es demasiado superficial. Habla curiosamente de un Dios contra quien hemos pecado, un Salvador que murió por nuestros pecados y un llamado a creer en este Salvador. La sencillez de esta comunicación da por sentado que los que están

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Servir a un movimiento*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!